

ABC CULTURAL

N° 1.486 | SÁBADO, 25 DE SEPTIEMBRE DE 2021

twitter | @ABC_Cultural

ARTURO PÉREZ-REVERTE, EN EL MAR DE HOMERO

'El italiano' es su última novela. Una grandiosa historia que habla de amor y guerra. En un reportaje exclusivo, navegamos con el escritor y académico por el Mediterráneo. Hablamos de su mar: el de los clásicos



Arturo Pérez-Reverte a bordo del 'Corso', con el Mediterráneo como decorado // J.G.C.



ARTURO Y EL MAR

Por primera vez, el escritor **Arturo Pérez-Reverte** concede una entrevista en el 'Corso', el barco en el que desde hace veinte años navega el Mediterráneo, un mar que preside su literatura y sirve de patria común para héroes y lectores

KARINA SAINZ BORGIO

Al Corso se le reconoce por la bandera italiana y que identificó a la armada veneciana, distingue al velero de Arturo Pérez-Reverte del resto de los barcos amarrados a la dársena. «Venecia es un puerto al que he ido con mi familia. Nos gusta». Pérez-Reverte menciona a su hija, que

navega con él desde pequeña.

—¿Os habéis tomado la biodynamia con cafeína?— inquiere.

Asentimos.

Bajo el sol aún frío de las nueve de la mañana, vestido con vaqueros y un polo desgastado, Pérez-Reverte se trepa a la proa del velero. Diez minutos y varias instrucciones después, el capitán del Corso parte desde Torrevieja en dirección al Cabo de Palos. El viaje ha comenzado.

Tiene razón Arturo Pérez-Reverte cuando se refiere a los barcos como singulares individuos flotantes, seres vivos a los que Joseph Conrad concedió los capitanes más feroces y que se mueven por el barco como una tripulación invisible: Marlow, Jim, Lingard y Whirr, encuadrados todos en las obras completas del polaco. Conrad es el único escritor del que Arturo Pérez-Reverte tiene una fotografía en su biblioteca de trabajo, también en su

barco, donde preside la estantería junto a un reloj de arena.

El autor de 'La línea de sombra' no lo abandona, envejece con él, dice. Fueron sus marinos quienes le enseñaron, desde muy pronto, que se vive como se sueña: a solas. Por eso Pérez-Reverte en ocasiones navega sin compañía ni tripulación alguna. Esta vez hay gente a bordo, así que conviene dejar las cosas muy claras: «Un barco no es una democracia. Y en este barco ni se grita, ni se

corre». Y sanseacabó. Con razón a esta parte del velero la llaman 'zona de gobierno'.

«En un momento estoy contigo», Pérez-Reverte acude a la cubierta y da un repaso a los aparejos. Sólo entonces vuelve al timón, examina la bitácora y asegura la botavara. «Ten cuidado con esto —el escotero—. Si te da en la cabeza, caerás directo al agua. Mejor siéntate ahí», señala el otro extremo de la bañera.

El Corso, criatura elegante donde las haya, parte majestuoso del muelle. De pie, en la cubierta de sus embarcaciones, los pescadores de la zona organizan todo tras la faena del día. Hace rato que el pescado se subastó en la lonja. A ellos ya sólo les queda limpiar, mientras las gaviotas, alborotadas por el olor de la pesca, sobrevuelan las redes y cajas. Los marineros miran con recelo a los veleros que salen del puerto, también al Corso.

—No le gustamos a los pescadores —Pérez-Reverte examina el anemómetro—. Seis





nudos de viento. Vamos rumbo al sur hasta isla de Hormigas y Cabo de Palos. Luego iremos en dirección norte hacia isla Grosa y el canal de Estacio.

—No entiendo.

—¿Qué? —el capitán desata una coca de un cabo.

—¿Por qué no gustáis a los pescadores?

—Porque no entienden que salgamos al mar por gusto.



Cuando se tituló como capitán de yate, Arturo Pérez-Reverte ya había publicado 'El húsar', 'El maestro de esgrima', 'La tabla de Flandes', 'El Club Dumas', 'La sombra del águila' y 'Territorio comanche'. Después de trabajar durante 21 años como corresponsal de guerra para RTVE, colgó su carta de dimisión en el tablón de anuncios y se marchó. «Que os den morcilla». Pero no fue el fin del periodismo de guerra lo que lo llevó al mar. Ya lo llevaba dentro.

«El Mediterráneo me viene de pequeño. Nací y crecí en sus orillas. Cuando navego por el Mediterráneo, navego por mi memoria. Veo a Ulises, la 'Eneida', la 'Odisea', Lepanto... Recorro el mundo que amo, una historia de 4.000 años. Aquí no soy un intruso, me siento parte de esto», dice atento a los crujidos del casco, a la tensión de este o aquel cabo, a la profundidad de la sonda. Aún no sopla viento suficiente, así que habrá que esperar para desplegar las velas. Son casi las once de la mañana y el agua apenas se mueve. Quizá por eso Pérez-Reverte ha decidido salir en estas condiciones. Sin oleaje será más fácil hablar.

Espartano en sus costumbres —nunca toma asiento, ni siquiera para comer—, Arturo Pérez-Reverte se comporta en altamar como en sus novelas: movimientos precisos, medidos hasta la mínima coordenada. A bordo del Corso todo es importante.

—No puede ser de otra forma. Hay barcos y vidas en jue-

go. Vigila a ése —ordena señalando a otro velero— es un domingoero y puede acabar pegándonosla.

Pérez-Reverte sabe de vientos tanto como de cartas de navegación. Es lo que un buen marino debe saber, o al menos así lo explica él. «En el mar el viento lo es todo». Y puede que en las novelas también, pues ha dado a sus personajes el nombre de algún poniente, como hizo con el capitán Xaloc en 'La piel del tambor', al que bautizó con la voz catalana del Siroco mediterráneo.

Se educó entre los navegantes de la familia y los amigos de su padre, que amaba el mar con intensidad. De niño, Pérez-Reverte pasaba más tiempo en la orilla que en el colegio de los Maristas. Aún no cumplía los once y ya se movía a sus anchas por el puerto de Cartagena, al que llegaban todos los días marinos curtidos por la sal, también comerciantes, bribones, contrabandistas y mujeres que fumaban y hablaban de tú a los extraños.

Joseph Conrad

«A los 19 años llegué a 'La línea de sombra'. Fue una novela definitiva para mí y sigue siéndolo. Desde entonces, la he leído varias veces»



Herman Melville

«Cuando hice la primera comunión, mi madre pidió que me regalaran libros. Hice una gran biblioteca. 'Moby Dick' la leí con ocho o nueve años»



R. L. Stevenson

«Junto con Herman Melville, Jack London, Joseph Conrad y Frederick Marryat, Stevenson es uno de los mejores escritores sobre el mar»



Los libros fueron su primera navegación. Entonces, cuando veía un barco a lo lejos, se lo sabía ya de memoria de tanto leer sobre ellos en las novelas de Melville, Stevenson, Jack London, Marryat y Justin Scott. Por eso, si le preguntan a Pérez-Reverte por el Coy de 'La carta esférica', él responde lo mismo: no se lo inventó ni se le ocurrió. Aquel marino estaba hecho de todos los que había visto bajar de los cargueros y petroleros que llegaban a Cartagena. El mar acompaña su vida, puede incluso que la edad de Pérez-Reverte se mida en millas o en olas.

—No navego para sentirme libre ni ninguna de esas bobadas.

Presiona un botón para hacer girar el winche. El movimiento mete marcha al velero y tensa la cabuyería. «Se llaman cabos, no cuerdas ni cabuyas; cabos. En un barco todo ha de ser preciso. En el mar no hay sinónimos», remata mientras vigila la bitácora. Parece que ahora el viento sí soplará con algo más de fuerza. «Siete nudos», indica en voz alta.

—Y si no navega para sentirse libre, ¿para qué entonces?

—Eso es una cursilada. El mar es un desafío técnico y psicológico...

Pérez-Reverte hace una pausa, con el oído atento al macheteo de la proa cortando el agua. Sólo cuando apague el motor se escuchará con nitidez.

—En el mar me respeto a mí mismo. Hago cosas de las que me enorgullezco, aunque nadie las vea. Me da estima, como cuando cruzaba una calle en Sarajevo.

El capitán del Corso no para de moverse. Avanza con seguridad, pisando fuerte con sus náuticos.

—Aquí estoy a gusto porque tengo el control.

Gira la cabeza y sonríe. Está de buen humor, el barco también.



La primera vez que Arturo Pérez-Reverte fue a Chipre, en 1974, los turcos invadieron la isla y los griegos corrían a alistarse a los regimientos. Esa mañana, Pérez-Reverte vio a Héctor despedirse de Andrómaca por primera vez. Entonces él tenía veintidós y comenzaba su carrera con una de las dieciocho guerras que cubriría a lo largo de las próximas dos décadas. Entonces ya se había embarcado en un carguero y faenado en pesqueros de arrastre, acumulaba kilometraje como



▶▶▶ periodista en la redacción del diario 'Pueblo' y había obtenido la titulación como buzo de combate en el Centro de Buceo de la Armada, en Cartagena.

Tuvieron que transcurrir veinte años para tomar la decisión de subirse a su propio barco. Lo hizo ya como capitán de yate, que le permite navegar sin límite de esloras ni millas. Comenzó a repartir su vida entre sus dos grandes pasiones: la literatura y el mar. Desde entonces no ha parado. Cuando no escribe, navega.

—¿El mar ayuda a dejar atrás la guerra?

—Lo que me gustaba de ser reportero de guerra es que llevaba el mundo en una mochila; el resto desaparecía. En el barco ocurre lo mismo. Esos amaneceres inciertos, esa incertidumbre que me daba la guerra, me la da el mar —algo en el horizonte lo distrae y señala con el índice— ¿Ves el Cabo de Palos?

Subirse al barco a bregar con las mareas es para Arturo Pérez-Reverte la prosecución de la guerra por otros medios. «Si no, envejecería mal. Todavía no me bastan sólo los libros. Por la edad, ya tendría que resignarme a la biblioteca, pero esos 25 o 30 años que han pasado desde que dejé de cubrir guerras, no los habría podido vivir solo con la biblioteca».

Pérez-Reverte se incorpora, ahora sí, para desplegar la vela de foque. Bajo el sol de las doce, la vela gualdrapa. El viento azota la tela y un sonido de vestido largo lo envuelve todo. El capitán inspecciona la maniobra con atención, revisa los valores de la bitácora y entonces, sólo entonces, apaga el motor y retoma la conversación.

—En el mar, como en la guerra y la vida, lo importante es mantenerse a flote —manipula los botones que hacen que el timón se mueva solo—. Uno de los libros que más me gustan es 'El cazador de barcos', lo leí con veinte años. Justin Scott escribe que en el mar puedes hacerlo todo bien e igual hundirte, pero si eres un buen marino, al menos sabrás dónde te encuentras en el momento de morir.

Baja a los camarotes y reaparece con un sextante en la mano. Le gusta compartir sus conocimientos marítimos, y razones no le faltan. Ha leído más de 500 libros de náutica, cosmología y astronomía.

—Navegando he llegado a entender a los dioses, he podido comprender el rencor de los dioses en los clásicos. En una tormenta de 30, 35 o 40 nudos



«Un barco no es una democracia», dice el patrón del velero, pendiente de cada detalle de la navegación // J. G. C.



puedes llegar a conocer su maldad, porque son unos hijos de puta. He blasfemado en este barco, varias veces.

—¿Cuántas?
—Muchas.

Coge el sextante con ambas manos y lo alza para ver mejor las piezas que lo conforman.

—A las malas, con esto y una vela... —hace una pausa y extiende el artilugio— Sujétalo.

Manipula el aparato y comienza a hacer lo mismo. Toma unos quince minutos traerlo a la tierra firme de las bibliotecas.

—¿Qué ha cambiado en sus lecturas, desde Homero a Conrad?

—Yo antes era un espectador. Cuando Conrad me contaba cómo naufragaban en 'El negro del Narciso', yo era un testigo asombrado y fascinado, pero ahora las leo y sé que soy parte de ese mundo.

El cloqueo del timón es constante y en la grabación ahora transcrita sopla el viento con fuerza.

—¿Qué? —Pérez-Reverte pone los brazos en jarra— ¿Vais a hacer un monográfico?



En un albergue de pescadores en Vivero, en pleno mar Menor, un grupo de marineros de piel curtida y cabello blanco hablan del Medi-

terráneo. Recuerdan, con los ojos iluminados, aquellas aguas en las que aún podían encontrarse ánforas griegas y una orilla que lucía el rostro limpio y no su aspecto actual de hormigón. Quien escucha es capaz de percibir cómo la memoria de ese mar los rejuvenece. El Mediterráneo, dicen, como quien saca brillo a una pepita de oro.

Este otoño Arturo Pérez-Reverte publica 'El italiano' (Alfaguara), una novela que comenzó a escribirse a la salida de un cine en Murcia hace cincuenta y ocho años. «Mi madre me llevó a ver una película inglesa, 'Su mejor enemigo', con Niven y Alberto Sordi. Los italianos quedan como unos cobardes. Al salir del cine mi padre me dijo: "No te creas que esto fue así. Hubo italianos muy valientes", y me contó la historia de los buzos que atacaban Gibraltar».

Aquellos hombres permanecieron en su memoria y a ellos da voz en 'El italiano', que narra la relación entre Elena, una atenta y curtidora librera, que reconoce en el buzo Teseo Lombardo al Ulises que llega a la orilla envuelto en un traje de caucho. Se trata de un hombre salido del mar en el que ella descubre al héroe que él mismo ignora ser. Teseo forma parte del grupo Orsa Maggiore, buzos de combate que voluntariamente se han alistado para luchar con la Ita-

lia de Mussolini en la Segunda Guerra Mundial y cuya misión es boicotear los barcos ingleses en Gibraltar. Hay nobleza en seres ordinarios enfrentados a circunstancias que los sobrepasan y que Pérez-Reverte describe con precisión y belleza, como si en lugar de imprimirlos en la mente del lector, los repujara.

«Es una novela sobre el Mediterráneo como patria. Los héroes que salen del mar están en el imaginario desde hace tres mil años y quise jugar con esa imagen. El Ulises que sale frente a Nausicaa», dice. En la biografía de Pérez-Reverte, mar y literatura forman una línea continua, la que separa océano del cielo, dos azules que se quitan la palabra.

A diferencia de ayer, esta mañana hay marejada y viento nordeste de 17 nudos. Tras esperar a que el puente de Estación abriera sus puertas (lo hace cada dos horas), cinco veleros marchan en fila al encuentro con el Mediterráneo, lentos y elegantes como cisnes. El oleaje, ahora sí picado y peleón, golpea la proa y el poniente obliga a Pérez-Reverte a hacer una virada por delante, una maniobra que cambia la orientación de las velas y provoca que el velero se incline y ciña, muy pegado al viento.

El sol arrecia. Pérez-Reverte cubre su cabeza con una manga de algodón y maniobra

concentrado, haciendo bordos contra el viento hasta dibujar con su trayectoria una línea quebrada. Transcurre casi una hora de navegación sin decir ni una palabra. El mar se explica a sí mismo y cambia de color según el lugar del barco desde el que se mire: azul desde la popa, y oscuro, casi negro, en la proa. Tenían razón los marineros del albergue: el Mediterráneo es antiguo como una memoria, una manta que se despliega a lo largo de una vida, como una carta de navegación.

Cuando el viento da tregua, Pérez-Reverte recorre el mar con la mirada como quien admira una proeza. Él, que se embarcó por primera vez con la colección Cadete Juvenil, a los quince ya conocía al Ahab de 'Moby Dick' y había leído dos veces la serie marinera de Patrick O'Brien y los 'Capitanes intrépidos' de Kipling. Tuvo que pasar el tiempo para leer 'La línea de sombra', a los 19 años. Desde entonces no ha dejado de navegar los mares de Conrad, tampoco los suyos. «Hemos tenido buena mar» le escucho decir. Al capitán del Corso el agua le enciende los ojos, a esta hora de un verde intenso.

—Esto es navegar.

El escritor no dirá nada hasta llegar a puerto. Con el sonido del velero arando el mar es más que suficiente. ■